



Antes de aprender a sumar o memorizar el abecedario, Víctor Gutiérrez (Madrid, 6 de marzo de 1991) ya se movía como pez en el agua por el líquido elemento, dulce y clorado. Con apenas dos años sus padres lo lanzaron al medio acuático para que aprendiera a defenderse. Lo hacían con la mente puesta en el veraneo familiar junto a las olas en algún rincón del litoral patrio. Nunca pensaron que aquel acercamiento a la pileta derivaría en una pasión que fue creciendo hasta convertirse prácticamente en un estilo de vida. Sus primeras brazadas las dio en la antigua piscina de la Ermita del Santo de Madrid, que en su momento tuvo que echar el cierre por problemas económicos. Víctor peregrinó entonces hasta el Club Natación Moscardó, en el distrito de Usera, pero allí permaneció solo unos meses para acabar aterrizando en la que sería su casa durante una década, el Club de Natación La Latina, que viene dando guerra en la capital desde 1969. Y, de repente, el balón amarillo se cruzó en su vida para cambiarla. Con ocho años y viendo sus destrezas a nado alguien, con buen ojo, le sugirió probar suerte en el waterpolo, un deporte que, si bien tiene una nómina de federados considerable, en Madrid no es tan popular como puede serlo en Cataluña ni en España arrastra a tantas masas como lo hace en Croacia, Serbia, Hungría o Italia. No se equivocaron con él. Cambió las gafas por el gorro y el balón para ir pasando por todas las categorías del club, formando parte 3 años del equipo absoluto en la 1ª División Nacional.

De sacrificios él, como todos sus compañeros, sabe bastante. A los 16 años ingresó en el Centro de Alto Rendimiento (CAR) para cursar el bachillerato. Entrenaba tardes y mañanas y estudiaba al medio día en un colegio con horarios adaptados. Luego ha seguido compaginando el deporte con la formación, algo que en España no es tan fácil. Acaba de terminar el doble grado de Periodismo y Comunicación Audiovisual, una carrera que tenía claro desde pequeño que era la suya porque se considera un apasionado de todo este mundo.

Con la mayoría de edad le llegó la oportunidad de ingresar en el Real Canoe, un clásico del que desde su fundación en 1930 ha salido la mejor cantera del olimpismo madrileño en deportes de agua. Allí ejerce como boyo. El trabajo del boyo en el waterpolo permite la progresión ofensiva del equipo, por eso está considerada la posición más importante. Mirando al mundo desde la perspectiva de su 1,94 de estatura y la anchura de su corazón, que late con lo que le apasiona, Víctor asume ese reto con la misma valentía con la que mira a la vida. Pocos días después de que lo hiciera el patinador olímpico sobre hielo Javier Raya, Gutiérrez daba a conocer a la sociedad su homosexualidad demostrando que, aunque muy lentamente, algo está cambiando en el mundo del deporte y abriendo camino en España, donde hasta la fecha nadie en la alta competición había salido del armario. «Como deportista homosexual siento la necesidad de dar la cara», dijo en ese momento. Lo hizo buscando romper tabúes y ayudar a los que no tienen la misma suerte que él, que ha contado siempre con el apoyo de su familia, sus amigos y su equipo.

En lo personal le espera todo el futuro por delante para intentar ser feliz y hacerlo sin ataduras. En lo deportivo, si el cuerpo acompaña, todavía le quedan muchos años para seguir sumando éxitos. Ya tiene los títulos de subcampeón de Europa sub 18, subcampeón del mundo sub 20, subcampeón de Copa del Rey y Supercopa de España en 2013. Ha sido internacional en numerosas ocasiones con la selección nacional de waterpolo de España y fue convocado como miembro del equipo olímpico español para los Juegos de Río de Janeiro de 2016 aunque, a última hora y de manera inesperada, se cayó de la lista. Víctor vivió ese momento con dolor pero lo asumió como una lección de vida y espera poder volver pronto a defender el rojo debajo del agua. Ha recibido ofertas para emigrar a otras ligas pero siente que en este momento su sitio está donde le pide el corazón, y ese lugar es Madrid. */